

La Corrupción, una Constante

- ★ En México el Poder Continúa sin Límites Efectivos
- ★ Ninguna Cortina Dorada Oculta Todo lo Negativo
- ★ Disminuye la Tolerancia Internacional a los Abusos

LORENZO MEYER

En el análisis del sistema político mexicano, la corrupción no es una variable —algo que cambia con el tiempo y las circunstancias— sino una constante. Independientemente de la época, a la corrupción siempre se le encontrará entre las características centrales del sistema. Hasta hoy, esa característica no le ha impedido al sistema funcionar. Sin embargo, las circunstancias están cambiando, y lo que antes no fue problema, quizá ahora lo sea.

La corrupción política y administrativa está con nosotros desde la incorporación misma de México al sistema mundial, es decir, desde aquella época en que los Austrias eran los soberanos de estas tierras, y vendían los puestos públicos. En el llamado siglo "de las luces" —el XVIII— los Borbones intentaron moderar las prácticas corruptas, pero sin mucho

SIGUE EN LA PAGINA TREINTA Y NUEVE

Sigue de la primera plana

éxito. Don Antonio López de Santa Anna —el "gran vendedor"— usó su poder político para entre otras cosas, amasar una gran fortuna personal. Don Porfirio, en cambio, y siguiendo a Maquiavelo, empleó la corrupción no tanto para acrecentar su patrimonio familiar, sino como instrumento de control de su propio grupo.

Tras el estallido de la Revolución de 1910 y después del asesinato de Madero en 1913, el habla popular convirtió carrancear en sinónimo de robar. En los "alegres veinte", los presidentes sonorenses institucionalizaron una artillería incruenta para ablandar al enemigo, y que sustituyó a la otra, a la artillería de la metralla, el estruendo y el humo: los "cañonazos de cincuenta mil pesos". En la posrevolución, la clase política del "partido prácticamente único", enarboló con risueño cinismo la divisa: un político pobre, es un pobre político". Y ahí seguimos.

Dentro de México, el poder continúa sin tener límites efectivos, y la corrupción tiene un campo ancho

para cabalgar. Sin embargo, en el exterior, parecería que están surgiendo fuerzas opuestas a ese estado de cosas. De manera contradictoria y aun esporádica, eso que llamamos opinión pública internacional, empieza a exigir cuentas, y a crear un clima en que al autoritarismo mexicano le resulta difícil moverse con la soltura del pasado.

Varios indicadores apuntan en el sentido de una menor tolerancia internacional respecto del ejercicio irresponsable, abusivo y corrupto del poder. Ejemplos recientes son los casos de Brasil, Venezuela o Italia, donde los líderes de sus respectivos gobiernos han caído acusados de usar en beneficio personal el puesto y los recursos públicos. En Costa Rica, el ex presidente Luis Alberto Monge enfrenta un juicio por corrupción; en Colombia, el ministro de Gobierno ha sido formalmente acusado de haber hecho un mal uso de 12 millones de dólares del tesoro público. Si en España los socialistas de Felipe González fueran obligados a ceder el poder a un personaje y un partido

tan poco atractivos como José María Aznar y su derechista Partido Popular, parte de la explicación se encontraría en la indignación que ha despertado entre un sector del electorado español, las prácticas corruptas de algunos dirigentes del PSOE. En Estados Unidos la opinión pública tiene la piel tan sensible, que la oposición le ha sacado raja a verdaderas bagatelas: un corte de cabello presidencial de 200 dólares o un intento de dar la concesión de los viajes del personal de la Casa Blanca a una agencia propiedad de una pariente lejiana del Presidente William Clinton.

En el pasado reciente, cuando la vida mexicana aún se desarrollaba tras barreras tanto arancelarias y administrativas, como culturales y políticas, la elite política mexicana le tenía sin mucho cuidado lo que pensara de ella la opinión pública internacional. Opinión que, por otro lado, poco sabía y poco se interesaba por México.

Los dirigentes del México anterior al neoliberalismo, eran casi los amos de su propia casa, y su dis-

curso nacionalista les servía para defenderse de los escasos cuestionamientos provenientes del exterior. Por otro lado, los creadores de esa opinión internacional, no estaban interesados en cuestionar a un sistema que casi no daba problemas a las grandes potencias, que era estable y muy predecible. En esa "época dorada", la famosa "mordida" era vista en el exterior como parte del folclore, nada más. Pero hoy, las cosas parecen ser otras. El gobierno mexicano, por un lado, está empeñado en sacar adelante su Tratado de Libre Comercio (TLC) con Estados Unidos. Por otro, la opinión pública internacional, en particular la norteamericana —actor central en este juego—, está siendo más exigente en materia de responsabilidad y honestidad públicas. Así pues, el sistema político mexicano se ha colocado en una situación en que no puede ignorar a la crítica externa. La contrapartida de la petición mexicana de una relación económica y política más estrecha con Estados Unidos mediante el TLC, es un mayor examen por

parte de los medios de comunicación norteamericanos, de todos los aspectos de la vida pública mexicana. Y es ahí donde esa desafortunada constante de nuestra vida pública —la corrupción—, se puede volver un problema para las autoridades.

Se acaba de informar en Estados Unidos, que el gobierno mexicano lleva gastados ya más de 45 millones de dólares en promover al TLC y, de paso, su imagen. Sin embargo, ni esos millones ni muchos más, pueden crear una cortina dorada capaz de ocultar completamente a la opinión internacional los aspectos más negativos de nuestra realidad.

En Estados Unidos, los que toman las decisiones básicas en relación a México son apenas unos cuantos. Para ellos —políticos e inversionistas— no es desconocida ninguna de nuestras virtudes o defectos colectivos. La conducta de ese grupo muestra que el tema de la corrupción pública mexicana sólo les importa cuando les afecta directamente, como fue, por ejemplo, en el caso del asesinato en Guadalajara del agente de la Drug Enforcement Administration, Enrique Camarena. Entonces, algunas de las agencias gubernamentales norteamericanas, con el auxilio de los medios de comunicación, pusieron al descubierto la corrupción de la Procuraduría y de otras dependencias mexicanas, para obligar al gobierno mexicano a modificar su conducta y ser más receptivo a los intereses y demandas norteamericanas.

Al norteamericano promedio —elemento primario de esa opinión pública— México le interesa poco y, por tanto, tiene escasa información sobre el tema. Salvo ciertas zonas fronterizas, la vida cotidiana en Estados Unidos no es afectada directamente por lo que ocurre en ese "vecino distante" que es México. Sin embargo, a veces, y debido a la acción de la prensa y de la televisión, México y sus problemas captan la atención del gran público. Si esa atención coincide con momentos en que la política hacia Mé-

tremo, caótica y, sobre todo, peligrosa. A la prisionera de que trata —que dijo no tener ni idea de cuál era su situación legal ni cómo podría defenderse—, le habían robado todo, hasta su dentadura postiza. No tenía siquiera un sitio fijo en donde dormir, y los otros prisioneros, aseguro ella, le exigían favores sexuales a cambio de protección. En fin, la imagen que transmitió CBS era la de una mujer, cuya culpabilidad no se había probado, metida en los engranes de una justicia básicamente injusta y unas condiciones de vida infernales. Las demás historias que expusieron otros prisioneros estadounidenses en México, eran similares. El mensaje del programa, visto por millones de norteamericanos, era claro: en el sistema de justicia mexicano todo se compra y se vende, y sólo existen derechos y condiciones aceptables para aquellos que pueden comprarlos. La otra cárcel latinoamericana que apareció en el programa —una ecuatoriana— resultó un sitio ligeramente menos siniestro que el mexicano.

Pero la cosa no paró ahí. El programa de la CBS presentó a dos familias estadounidenses —una de ascendencia mexicana— que había perdido a sus familiares en las prisiones mexicanas tras haber sido arrestados mientras hacían una visita turística a ciudades fronterizas mexi-

xico se encuentra en la agenda de Washington, entonces puede tener efectos importantes. Y resulta que hoy estamos viviendo uno de esos momentos.

Veamos un ejemplo reciente y claro. El miércoles 12 de mayo, la cadena televisiva estadounidense, CBS, en su programa "48 horas" que se transmite a la hora de mayor audiencia, decidió enfocar sus batallas hacia las condiciones en que se encuentran los estadounidenses internados en cárceles extranjeras. Y para la mala fortuna de los encargados de las RP de nuestro gobierno en Washington, las cárceles más cercanas, y con mayor número de estadounidenses, son las de México y Canadá, el otro socio del TLC.

En un caso, el de una joven asmática, su muerte ocurrió inmediatamente después de ser puesta en libertad, y fue consecuencia de que las autoridades carcelarias no le habían proporcionado el medicamento requerido en las dosis adecuadas. En el otro caso, resultó que la víctima se había "suicidado", colgándose con su propio suéter de la barra de la puerta de la celda, pero cuya altura era menor que la estatura de la víctima, y donde había otros presos. Sólo tras dos autopsias en Estados Unidos —una hecha por el FBI— y que mostraron que la víctima había muerto a causa de golpes, un policía fue condenado, pero el hermano de la víctima consideraba que los responsables eran más y de mayor jerarquía.

Las imágenes y argumentos de "48 horas" fueron muy contundentes. El sistema penitenciario y todo el sistema de justicia de nuestro país, salieron muy mal parados. A programas como el reseñado, se deben añadir noticias como la que acaba de publicar el New York Times (24 de mayo), basada en informes confidenciales del gobierno norteamericano, y que sugieren que los narcotraficantes colombianos ya han establecido bases de operación en ciudades mexicanas próximas a Estados Unidos para aprovechar la apertura que ofrece el TLC. El asesinato del car-

De Canadá los estadounidenses no pueden quejarse. La justicia allá parece ser expedita y las condiciones de los condenados a purgar una pena son, sin duda, mejores que las de cualquier cárcel de Estados Unidos. Ahora bien, la situación presentada por CBS sobre México es exactamente la opuesta: una justicia lenta, dudosa y unas condiciones de vida dentro de las cárceles sencillamente inhumanas, inaceptables para cualquier mentalidad y conciencia que pretenda ser moderna.

No es difícil imaginar la reacción de los televidentes norteamericanos a la entrevista de una mujer de 50 años, ciudadana estadounidense, que se encuentra presa en la cárcel de La Mesa en Baja California, acusada de posesión de marihuana, y cuyo juicio, tras varios meses de prisión, sigue pendiente. La cárcel presentada por la cadena estadounidense es sencillamente un infierno: sobrepoblada, sucia en ex-

denal Posadas Ocampo en Guadalajara por presuntos narcotraficantes —hecho muy destacado en los noticieros norteamericanos— va a reforzar la mala imagen creada por las noticias anteriores. Todo lo anterior, bien puede dar por resultado una opinión pública que sirva de apoyo a quienes en Estados Unidos se oponen a integrar a la economía mexicana en un plano de igualdad con la canadiense.

Para concluir, dadas las condiciones de apertura e integración a Estados Unidos en que debe operar de aquí en adelante el sistema económico mexicano, todas las viejas prácticas de las clases dirigentes de nuestro país que choquen con los valores prevalentes en la opinión pública internacional, especialmente la norteamericana —corrupción, autoritarismo, ausencia de un verdadero estado de derecho— se pueden transformar en obstáculos al interés nacional mexicano. Para ganar el respeto y apoyo auténtico en el exterior a ese interés, los líderes mexicanos necesitan algo más que campañas millonarias de relaciones públicas: necesitan cambiar efectivamente su mentalidad y formas de acción. Tal vez esto sea mucho pedir, pero no hay otro camino para establecer una relación que sea, a la vez, viable y digna, con el mundo externo.